

La hermanísima

La mano negra
de Corea del Norte

A close-up, profile photograph of a woman's face, likely Sung-Yoon Lee. She has dark hair and is looking slightly to her left. The lighting is dramatic, with strong highlights and shadows.

Sung-Yoon Lee

Sung-Yoon Lee es investigador del Woodrow Wilson International Center for Scholars. Anteriormente, ha impartido clases de historia y política coreanas en la Fletcher School de la Universidad de Tufts. Ha escrito sobre la política internacional de la península de Corea del Norte y el noreste de Asia para numerosas publicaciones, entre ellas el *New York Times*, el *Wall Street Journal* y el *Washington Post*. También ha participado como testigo experto en las audiencias del Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos sobre la política de Corea del Norte y ha asesorado a altos funcionarios y líderes electos, incluido el presidente de los Estados Unidos.

Descubre a la «Querida Líder» detrás de Kim Jong Un.

Corea del Norte no es un régimen aislado; es una potencia nuclear en ascenso, regentada por una dinastía implacable que, a base de juegos geopolíticos, ha perfeccionado el arte del control, la disuasión y la manipulación global. Pero ¿quién se esconde detrás de esta fuerza mundial? En este ensayo, el experto en política norcoreana Sung-Yoon Lee desvela la enigmática y despiadada figura de Kim Yo Jong, hermana menor del líder supremo Kim Jong Un, jefa de propaganda, administradora interna y artífice de la política exterior de uno de los países más poderosos y peligrosos del planeta. Lazos inquebrantables, purgas brutales y malsanas dinámicas familiares han mantenido a la dinastía Kim en el poder durante generaciones, pero solo uno de los hermanos gobierna. En la sombra, como buena estratega, espera su momento para convertirse en la auténtica siguiente sucesora. Él es la cara del régimen. Ella, su verdadera arma secreta.

«Un retrato descarnado de la “princesa” de Corea del Norte, Kim Yo Jong, pero también una escalofriante instantánea de una dinastía familiar que ha oprimido y explotado a Corea del Norte desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días».
MAX BOOT, *Washington Post*

LA HERMANÍSIMA

SUNG-YOON LEE

LA HERMANÍSIMA

LA MANO NEGRA DE COREA DEL NORTE

TRADUCCIÓN DE MANUEL MANZANO

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

Título original: *The Sister: The extraordinary story of Kim Yo Jong, the most powerful woman in North Korea*

© Sung-Yoon Lee, 2023

First published in 2023 in English by Macmillan, an imprint of Pan Macmillan, a division of Macmillan Publishers International Limited.

Spanish edition published in agreement with Casanovas & Lynch Literary Agency

© Traducción: Manuel Manzano

© Malpaso Holdings, S. L., 2026

Riera de Sant Miquel, 30, sótano 3

08006 Barcelona

www.malpasoycia.com

ISBN: 978-84-129558-9-7

Primera edición: 2026

Producción del ePub: boqqlab

Maquetación: Malpaso Holdings S.L.

Diseño de cubierta: Ezequiel Cafaro

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

A mi mentor, el profesor John Curtis Perry

ÍNDICE

PERSONAJES PRINCIPALES

CAPÍTULO 1: LA PRINCESA LLEGA

CAPÍTULO 2: EL LINAJE DEL MONTE PAEKTU

CAPÍTULO 3: EL PREDOMINIO PENINSULAR: LA MISIÓN DEFINITIVA DE PYONGYANG

CAPÍTULO 4: TODO QUEDA EN FAMILIA

CAPÍTULO 5: EL PADRE PSICÓPATA NARCISISTA

CAPÍTULO 6: SECRETOS DE ESTADO

CAPÍTULO 7: LOS AÑOS DE APRENDIZAJE: 2007-2009

CAPÍTULO 8: FUNERAL Y RENACIMIENTO

CAPÍTULO 9: EL VENTRÍLOCUO VIL

CAPÍTULO 10: LOS JUEGOS DE PYONGANG

CAPÍTULO 11: LA VISITA A LA CASA AZUL

CAPÍTULO 12: UNA COMEDIA COREANA DE EQUIVOCACIONES

CAPÍTULO 13: ¿QUIÉN SUPERÓ A QUIÉN?

CAPÍTULO 14: EL ASCENSO: LA PRINCESA DEL MONTE PAEKTU A LOMOS DE UN CORCEL

CAPÍTULO 15: LA COMIDA COMO ARMA: UNA PRÁCTICA FAMILIAR

CAPÍTULO 16: LA HERMANA RETORCIDA

CAPÍTULO 17: LA LLAMAN «LA MUJER DIABÓLICA»

AGRADECIMIENTOS

PERSONAJES PRINCIPALES

COREA DEL NORTE

El linaje del monte Paektu

Kim Il Sung: Fundador de Corea del Norte y del linaje del monte Paektu. Abuelo de Kim Yo Jong. Falleció en 1994.

Kim Jong Il: Hijo de Kim Il Sung y líder supremo desde 1994 hasta su muerte en 2011. Padre de Kim Jong Un y Kim Yo Jong.

Kim Jong Un: Hijo de Kim Jong Il y líder supremo desde 2011. Hermano mayor de Kim Yo Jong.

Kim Yo Jong: Hija de Kim Jong Il y hermana menor de Kim Jong Un.

Kim Jong Chul: Hijo de Kim Jong Il y hermano mayor de Jong Un y Yo Jong.

Kim Ju Un o Ju Ae: Hija de Kim Jong Un. Nacida en 2010.

Otros miembros de la familia Kim

Hong Il Chon: Primera esposa de Kim Jong Il. Se casó en 1966, pero se distanció poco después del nacimiento de Kim Hye Kyong.

Jang Song Thaek: Esposo de Kim Kyong Hui y durante mucho tiempo el segundo al mando de Kim Jong Il. Ejecutado en 2013 o 2014.

Kim Chun Song: Hija menor de Kim Jong Il y Kim Yong Suk. Medio hermana de Jong Un y Yo Jong.

Kim Hye Kyong: Primogénita de Kim Jong Il. Su madre es Hong Il Chon.

Kim Jong Nam: Hijo mayor de Kim Jong Il, hijo de Song Hye Rim. Se le consideró el heredero designado por su padre. Fue asesinado en 2017 por orden de su medio hermano menor, Jong Un.

Kim Kyong Hui: Hermana menor de Kim Jong Il.

Kim Sul Song: Hija mayor de Kim Jong Il y Kim Yong Suk. Medio hermana de Jong Un y Yo Jong.

Kim Yong Suk: Segunda esposa de Kim Jong Il. Madre de Sul Song y Chun Song.

Ko Yong Hui: Concubina de Kim Jong Il. Madre de Jong Chul, Jong Un y Yo Jong.

Ri Sol Ju: Esposa de Kim Jong Un.

Song Hye Rim: Amante de Kim Jong Il y madre de Kim Jong Nam.

Altos funcionarios norcoreanos

Choe Hwi

Choe Son Hui

Choe Thae Bok

Hyon Song Wol

Jo Yong Won

Kim Chang Son

Kim Hyok Chol

Kim Jong Gak

Kim Ki Nam

Kim Song Hye

Kim Yang Gon

Kim Yong Chun

Kim Yong Nam

Pak Jong Chon

Ri Myong Je

Ri Son Gwon

Ri Yong Ho
U Dong Chuk

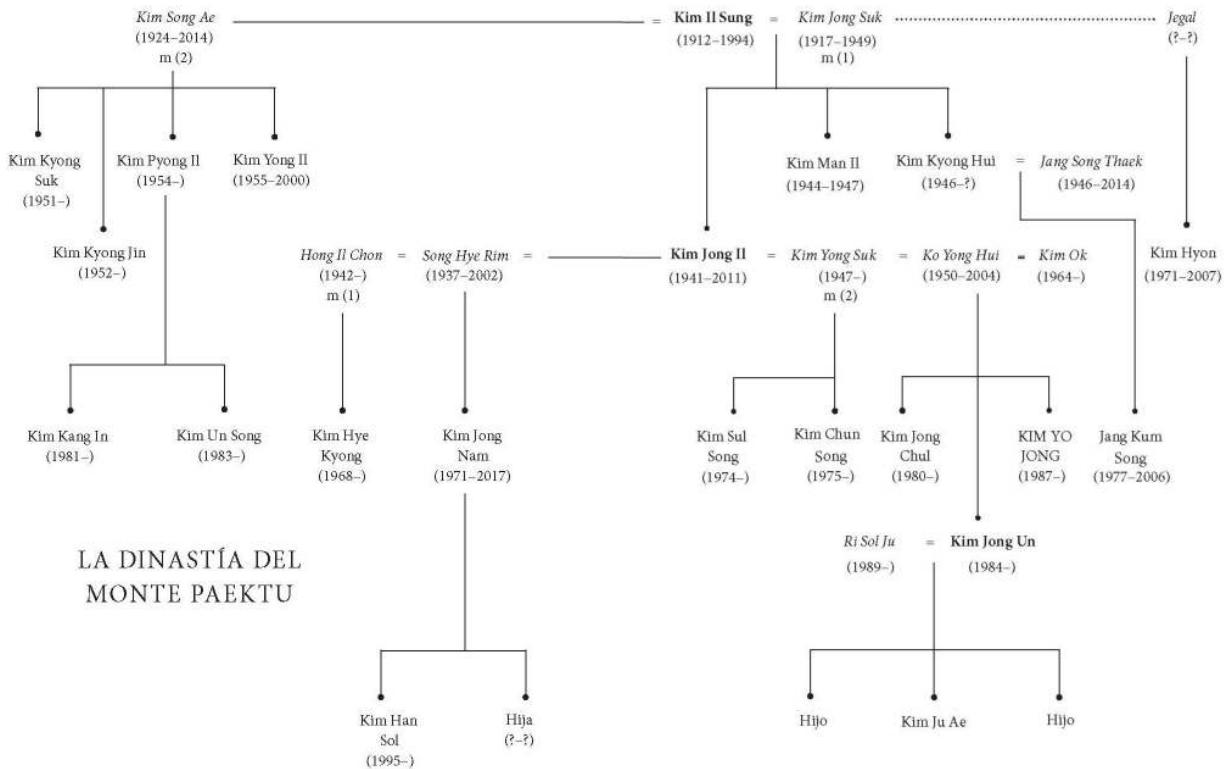
COREA DEL SUR

Presidentes

Kim Dae Jung (1998–2003)
Roh Moo Hyun (2003–2008)
Lee Myung Bak (2008–2013)
Park Geun Hye (2013–2017)
Moon Jae In (2017–2022)
Yoon Suk Yeol (2022–2025)

Otros funcionarios surcoreanos

Cho Myoung Gyon: Ministro de Unificación de 2017 a 2019.
Chung Sye Kyun: Primer ministro durante la presidencia de Moon Jae In.



LA DINASTÍA DEL MONTE PAEKTU

CAPÍTULO 1

LA PRINCESA LLEGA

Bajo un cielo brumoso de febrero, un avión descendió hacia el Aeropuerto Internacional de Incheon en Corea del Sur. A bordo viajaban veintitrés pasajeros: cinco funcionarios, tres periodistas y el resto guardaespaldas. Pero había una persona que importaba por encima de todas.

A las 13:46, hora estándar de Corea, del 9 de febrero de 2018, aterrizó el Ilyushin-62 de la era soviética, el avión personal del líder norcoreano, el Chammae -2 (Azor-2, por el ave nacional de Corea del Norte). Era la primera vez que un miembro del «linaje del monte Paektu», como se autodenominan los descendientes directos del fundador dinástico de Corea del Norte, Kim Il Sung, pisaba suelo surcoreano desde que el propio fundador de Corea del Norte lo hiciera en julio de 1950, un mes después de invadir el Sur. Pero no se trataba del actual líder del país, Kim Jong Un; además, era una «invasión» norcoreana completamente diferente, y la mayoría de los surcoreanos la acogieron con los brazos abiertos.

Desde el aterrizaje, pasaron nueve minutos de rodaje hasta la puerta de embarque. Los telespectadores, ansiosos por ver por primera vez en pantalla al importantísimo personaje, disfrutaron de treinta y cinco minutos más de los contornos del avión estacionado y nada más: la cola, con una gran estrella roja, el emblema nacional; «República Popular Democrática de Corea» en coreano extendido a lo largo del fuselaje.

Cuando una pasarela comenzó a extenderse hacia el avión, un presentador de noticias de una de las principales cadenas

surcoreanas que cubría el evento en directo se quedó boquiabierto, decepcionado. Después de todo, los espectadores no presenciarían la salida majestuosa de la persona importante del avión.

La primera imagen de la visitante, según el canal de televisión, apareció más de cuarenta minutos después de iniciarse la cobertura. El jefe nominal de la misión norcoreana, Kim Yong Nam, salió del aeropuerto y subió al primero de dos sedanes negros. Luego, seguida por un guardaespaldas norcoreano alto y una guardaespaldas surcoreana, una joven delgada bajó los doce escalones hasta el segundo coche. Su mirada era serena y su postura erguida, como si se sintiera cómoda siendo el centro de atención en un momento histórico como ese.

Había sucedido tan rápido, lamentaron los comentaristas de televisión, y ese fugaz vistazo quedó parcialmente bloqueado por una estructura. Pero incluso en esos pocos segundos, algo quedó claro. La visitante era conocida por evitar el maquillaje recargado, señaló un experto, y, sin embargo, ahora parecía llevar el maquillaje más denso hasta la fecha. ¿Qué significaba eso? ¿Estaban seguros de que era ella? Aun así, era emocionante, reflexionó el experto, porque el grosor de su sombra de ojos debía significar algo positivo: que ella, en su compromiso con el acercamiento intercoreano, se tomaba su misión muy en serio.

Unos minutos después, mientras la comitiva comenzaba a moverse, otro guardaespaldas norcoreano apareció al otro lado del coche de la joven y, junto con el primero, corrió a su lado antes de subirse a un todoterreno negro que los seguía. El destino era la estación KTX (Korea Train Express) dentro del complejo aeroportuario, desde donde la delegación viajaría hacia el este en el moderno tren de alta velocidad de Corea del Sur hasta Gangneung. El tren, sin duda, sería una experiencia de primera mano de los numerosos y dolorosos puntos de contraste entre los dos estados coreanos.

Las cadenas de televisión repitieron una y otra vez esos intensos y breves segundos de camino al coche. Algunos comentaristas identificaron a un par de funcionarios norcoreanos que salieron del aeropuerto más tarde. «¡Un momento!», exclamó

un presentador. «¡Tenemos un vídeo de ella antes, en la sala VIP!».

El nuevo clip, reproducido una y otra vez, no decepcionó. Por fin los espectadores pudieron ver bien a la debutante mientras hacía su muy esperada «entrada al escenario» en la sala VIP de la terminal del aeropuerto. Kim Yong Nam entró primero, escoltado por su anfitrión surcoreano, el ministro de Unificación Cho Myoung Gyon. Después de unos pasos, Kim se detuvo a mitad de zancada y miró hacia atrás, como si estuviera ligeramente preocupado por estar caminando delante de su colega más importante. La mirada hizo que todas las cabezas se volvieran, y luego la mujer del momento entró con una leve sonrisa en su rostro. Las cámaras zumbaron. Mantuvo su porte impecablemente erguido, sus ojos enfocados en solo dos o tres puntos en la habitación, para evitar dar la más mínima impresión de estar emocionada o ansiosa.

Era Kim Yo Jong, la hermana menor del líder supremo de Corea del Norte, Kim Jong Un. Su hermano gobernaba como un monarca absoluto, pero ella no era una simple hermana de la realeza sin poder real, como el hermano mayor de Jong Un, Jong Chul. Desde al menos 2014, dirigía el poderoso Departamento de Propaganda y Agitación de su país. Era ambiciosa. Como hija menor de Kim Jong Il, líder de la segunda generación de Corea del Norte, había sido mimada con devoción desde su infancia. Tanto su padre como su madre la llamaban «mi dulce princesa Yo Jong» o «princesa Yo Jong». Su padre reconocía desde hacía tiempo su talento y perspicacia política. Por fin el mundo tampoco tardaría en verlos.

Mientras los principales delegados norcoreanos estaban siendo escoltados fuera del avión, los comentaristas de las cadenas de televisión destacaron la importancia histórica del momento e informaron a los espectadores sobre el itinerario previsto para Kim Yo Jong en las próximas cincuenta y seis horas, aunque aún quedaba mucho por definir. Una cosa, sin embargo, era segura. El evento más relevante sería la visita de la señora Kim al día siguiente con el presidente surcoreano Moon Jae In en la Casa Azul, la oficina y residencia presidencial, seguida de un almuerzo.

¿Quizás traería una carta personal de su hermano? ¿Tal vez Kim Jong Un incluso sugeriría que ambos líderes se reunieran en persona en algún momento? Otra cumbre intercoreana, la primera en más de una década: ¡qué emocionante sería para las perspectivas de paz en la península coreana! (al día siguiente, ella entregó efectivamente dicha carta).

También se había confirmado que, esa misma noche, la delegación norcoreana asistiría a la ceremonia inaugural de los Juegos Olímpicos de Invierno en Pyeongchang, en la costa este, a unas dos horas y media en tren de alta velocidad desde Incheon. La ironía histórica del desembarco de Kim Yo Jong en Incheon, la ciudad de la costa occidental de la península donde una operación militar crucial en 1950 cambió el curso de la guerra de Corea en detrimento de Pyongyang, no podía pasar desapercibida para la delegación. Esa noche, los norcoreanos se reunirían con el presidente Moon por primera vez, aunque solo fuera para una sesión de fotos. Kim Yong Nam, el jefe nominal de la delegación, de noventa años, asistiría a la recepción y cena previas a la ceremonia inaugural y conversaría brevemente con otros líderes mundiales. Kim Yo Jong aparecería más tarde, en la propia ceremonia inaugural. Estaría en el palco real de las gradas, presumiblemente sentada muy cerca del presidente Moon.

El anfitrión surcoreano tenía muchos dignatarios que atender: el vicepresidente estadounidense Mike Pence; el presidente alemán Frank-Walter Steinmeier, a quien pocos fuera de Europa conocían; el primer ministro japonés Shinzo Abe, a quien muchos surcoreanos denostaban; el presidente del Comité Olímpico Internacional, Thomas Bach, quien se deleitó con la asistencia de los norcoreanos; y otros con quizá menos en juego. Durante la ceremonia, los atletas de ambas Coreas harían su entrada juntos bajo una única bandera azul peninsular; este simbolismo también exigía un histórico apretón de manos intercoreano entre Kim Yo Jong y el presidente Moon. ¿Quizá la señora Kim se sentaría con Kim Yong Nam unos asientos más allá del presidente Moon? ¿Podría estar sentada en algún lugar cerca del vicepresidente estadounidense? Tal vez tendría que pasar junto al señor Pence, o

él junto a ella, mientras se ocupaban los asientos. ¿Terminarían estrechándose la mano? Sería un momento muy especial.

En la sala VIP del aeropuerto, los anfitriones surcoreanos indicaron a Kim Yong Nam que tomara el asiento central al otro lado de la mesa frente al ministro Cho, jefe de la delegación receptora. Pero el experimentado nonagenario sabía bien lo que hacía y señaló a la princesa de treinta años para que ella ocupara en su lugar el asiento principal. Con una amplia y generosa sonrisa, ella le hizo un gesto al hombre mayor y señaló con su mano izquierda el asiento central para cederle el honor. Él protestó suavemente; ella extendió la palma de su mano y sus ojos le devolvieron una sonrisa tranquilizadora. «¡Qué amable es!», comentaban una y otra vez los analistas surcoreanos, entusiasmados hasta el punto de no darse cuenta de que los dedos extendidos de Kim Yo Jong no eran tanto una señal de respeto, sino la orden de una jefa a su subordinado para que se sentara. Si su gesto hubiera significado un verdadero respeto hacia la edad, Kim Yo Jong habría hecho la señal con ambas manos ligeramente juntas.

La imperiosidad, la autoridad y la confianza en sí misma, cultivadas desde una edad temprana, no se prestan a la modestia, a menos que la ocasión lo requiera. En ese momento, irradiaba arrogancia con calma en lugar de respeto. Tres meses después, en cambio, de visita en China con su hermano, la señora Kim haría, de forma voluntaria, una profunda reverencia de noventa grados al presidente Xi Jinping, como repetiría en junio de 2019 durante la visita de Xi a Pyongyang: el jefe de Estado chino precisaba respeto. Pero los surcoreanos eran inferiores a ella. La realeza del monte Paektu era el verdadero liderazgo coreano, mientras que el Sur era una simple marioneta de Estados Unidos. Al fin y al cabo, la dinastía llevaba el nombre de la legendaria montaña donde se encontraban los campamentos militares desde los que Kim Il Sung finalmente venció a los colonialistas japoneses en 1945, antes de fundar el Estado norcoreano, según la narrativa oficial de Corea del Norte. Y Kim Yong Nam, a pesar de ser un funcionario valioso, siempre sería un subordinado de la nieta de Kim Il Sung.

Pero en ese momento, muchos surcoreanos, que habían aprendido todo eso en la escuela, lo olvidaron de repente. «¡No solo es guapa, sino también educada!», declamaron los comentaristas, pasando por alto, en ese raro y emocionante momento, que la «imagen sencilla y modesta» de la señora Kim era producto de un estilo de vida extremadamente privilegiado y un estudiado decoro real. Al igual que su hermano, sabía comportarse con la debida autoridad en público.

La señora Kim tomó asiento con Kim Yong Nam a su izquierda. Y a su propia izquierda estaba Ri Son Gwon, un coronel del ejército malhablado convertido en jefe del Comité para la Reunificación Pacífica de la Patria, la agencia clave de Corea del Norte que se ocupa de las conversaciones con el Sur, quien en enero de 2020 sería nombrado ministro de Asuntos Exteriores. A la derecha de la señora Kim se sentó su antiguo subordinado en el Departamento de Propaganda y Agitación, Choe Hwi, en ese momento presidente de la Comisión Estatal de Orientación de Cultura Física y Deportes. Al igual que la propia señora Kim, Choe había sido sancionado por el Departamento del Tesoro de Estados Unidos desde enero de 2017 en respuesta a los «graves abusos de los derechos humanos y actividades de censura» del régimen norcoreano.¹ Estos asuntos no se abordaron antes, durante ni después de la visita especial.

La reunión resultó incómoda, ya que los norcoreanos mantuvieron los abrigos de invierno encima de los trajes. Los funcionarios surcoreanos se habían ofrecido a llevar sus abrigos, pero los invitados norteños —que también podían haberlos dejado con su propio personal— lo habían declinado cortésmente, no por sentir frío en el aeropuerto, sino para indicar que preferían irse y que aceptaban esta sesión de fotos como gesto de buena voluntad. Kim Chang Son, secretario jefe de la Secretaría de la Comisión de Asuntos de Estado de Kim Jong Un, quien ocasionalmente encabezaba delegaciones norcoreanas en conversaciones con el Sur, y cuya prioridad en el viaje era atender a la princesa, permaneció de pie junto a la puerta. Mayordomo de confianza —y por lo tanto poderoso— de la familia real, les había servido durante décadas.

El ministro Cho conversó brevemente, mencionando cómo el clima había mejorado repentinamente. «Los importantes invitados del Norte han traído un clima cálido a Corea del Sur», dijo con una sonrisa. De hecho, para los estándares del invierno coreano, la temperatura era de 7 °C. Kim Yo Jong permaneció sentada en silencio, con la espalda recta y un rostro impresionantemente inexpresivo. Al otro lado de la mesa, sus anfitriones surcoreanos mantenían sus amplias sonrisas.

La señora Kim llevaba un abrigo negro con un amplio cuello y ribete de piel alrededor de las muñecas, acentuado por un único gran botón redondo en su escote descubierto. No llevaba collar ni pendientes; las orejas sin perforar; un bolso negro en su hombro izquierdo. Se podía observar un ligero rastro de sombra de ojos color melocotón, al igual que un toque de delineador. Llevaba unos *leggings* color melocotón claro y botas negras de piel. Más tarde, se supo que llevaba un reloj plateado y ninguna pulsera. Qué revelador era su refinado gusto por la moda, recalcaron los periodistas. Según el *Washington Post*, los espectadores se asombraron con el maquillaje casi imperceptible y la ausencia de joyas. Comentaron sus sencillos conjuntos negros y su bolso. Destacaron la pinza con forma de flor que le sujetaba el pelo con un estilo sobrio.²

Otro primer plano de Kim Yo Jong que se reprodujo una y otra vez en las cadenas surcoreanas fue el de ella subiendo por las escaleras mecánicas del aeropuerto de Incheon. Kim Yong Nam fue el primero de la delegación norcoreana en bajar, luciendo su inamovible sonrisa, con dos guardaespaldas cerca. Kim Yo Jong estaba rodeada por tres guardaespaldas norcoreanos y uno surcoreano mientras descendía, con la barbilla en alto y proyectando ese estilo de modelo de pasarela y la mirada fija y decidida. Detrás de ella estaba Kim Song Hye, una inusual funcionaria de alto rango del Comité para la Reunificación Pacífica de la Patria, que había participado en varias rondas de conversaciones con Corea del Sur y que también formaría parte de la delegación norcoreana que visitó al presidente Donald Trump en la Casa Blanca el 1 de junio de 2018, tan solo once días antes de la

primera cumbre de Trump con Kim Jong Un en Singapur. Le seguían Kim Chang Son y los funcionarios de mayor rango, Choe Hwi y Ri Son Gwon.

La secuencia era una instantánea no solo de la posición de Kim Yo Jong en la delegación norcoreana, sino también de una peculiaridad de la cultura política del país, en la que los rangos y títulos oficiales a menudo contradicen la verdadera jerarquía y dinámica de poder, y las vidas de los miembros del gabinete y generales de cuatro estrellas a menudo dependen de los caprichos de un verdadero detentador del poder de un rango mucho menor. La posición de Kim Yo Jong, por supuesto, era única: incluso estando en el último lugar del Comité Central del Partido del Trabajo de Corea, compuesto por 250 miembros, podía, por capricho, ordenar la ejecución de cualquiera de ellos excepto de uno, su hermano. De igual manera, Kim Chang Son y la secretaria personal de la princesa, Kim Song Hye, tenían mayor influencia que los funcionarios de mayor rango de la delegación, como Choe y Ri.

Durante los dos días siguientes, la misteriosa joven princesa de Pyongyang cautivó a Corea del Sur sin hacer mucho más que caminar, sentarse, cenar, hablar de vez en cuando, sonreír con poca frecuencia, estrechar manos, ignorar a Mike Pence desde su asiento en las gradas olímpicas y, con bastante frecuencia, menospreciar a los surcoreanos con los que se reunía, incluido el presidente Moon Jae In. No concedió ninguna declaración pública ni entrevista.

Sin embargo, era el centro de atención de la nación, y mucho más allá de la península. La cobertura mediática de Kim Yo Jong se mantuvo intensamente eufórica desde el primer momento de su visita hasta que despegó a bordo del avión de su hermano la noche del 11 de febrero. Como la prensa no dejaba de recordarle al público, la suya era la primera visita por invitación a Corea del Sur de un miembro de la realeza norcoreana. El mundo, incluido el presidente Moon y sus funcionarios, se quedaron boquiabiertos. Una fascinación que rozaba el fetichismo la seguía adondequiera que iba, acrecentada por su feminidad y las esperanzas del Sur de

comunicarse con su hermano. Su simple presencia en el Sur la convirtió en una estrella internacional. Los observadores de princesas, desde Tokio hasta Washington, opinaron sobre su gusto sencillo por la moda, su porte real, su modestia, su autoritarismo, su autoconfianza, su recato y su sonrisa burlona a lo Mona Lisa.

Ella misma no envió ningún mensaje explícito al pueblo surcoreano ni al mundo. Pero trajo consigo esa carta personal de su hermano invitando al presidente Moon a Pyongyang, lo que hacía su presencia aún más tentadora. Si los hermanos Kim estaban conspirando para utilizar al blanco más vulnerable de su entorno geopolítico —es decir, quienquiera que ocupe la Casa Azul como líder electo de Corea del Sur— con miras a ascender a un blanco ligeramente más difícil, el presidente Donald Trump, era una consideración tan compleja que resultaba innecesaria. ¡La princesa del monte Paektu estaba aquí, en Corea del Sur! Su presencia de carne y hueso, vigilada con atención y rodeada por los guardaespaldas reales de su hermano, solo podía significar que las dos Coreas estaban al borde de un acontecimiento histórico. Presagiaba, como mínimo, la reconciliación y la paz, tal vez incluso la eventual reunificación.

La imagen sensacionalista eclipsó la cruda realidad. La mayoría de los surcoreanos no estaban dispuestos a hacer ni siquiera un pequeño sacrificio financiero para cubrir el coste económico a largo plazo de la reunificación. Y la eventual reunificación soñada por Kim Yo Jong y su hermano se daría solo en sus términos: dominada por la dinastía Kim, antitética a su vez para los surcoreanos acostumbrados a las libertades básicas y a la relativa prosperidad. Pero plantear argumentos tan sobrios en la euforia del momento parecía francamente propio de aguafiestas.

Que Kim Yong Nam, veterano con seis décadas en altos cargos gubernamentales, hubiera sido durante los últimos veinte años presidente del Presídium de la Asamblea Popular Suprema, el parlamento títere de Corea del Norte, era de interés solo para unos pocos especialistas. La mayoría de los telespectadores surcoreanos sabían que era la Primera Hermana de Corea del Norte quien ejercía

el verdadero poder. Que Kim Jong Un enviara a su propia hermana, según la lógica, solo podía significar que ella traía la paz.

El público también sabía intuitivamente que, en Corea del Norte, la palabra del líder supremo tenía mucha más autoridad que cualquier estatuto escrito o rango gubernamental. Kim Jong Un era el Estado, y sus palabras, la ley inviolable. Pero lo que el público en general pasó por alto fue que su hermana era mucho más que una simple cara bonita en las reuniones del partido de su hermano y en sus visitas guiadas in situ. Su hermano era el rostro de la nación, pero ella era la principal censuradora, la ejecutora. Su visita a los Juegos Olímpicos no fue como turista ni mensajera. La hermana tenía un propósito.

Este libro documentará el ascenso al poder de Kim Yo Jong desde su visita a Corea del Sur. Su papel en el Gobierno ha aumentado de manera drástica desde 2018, aunque ya se predijo en 2009. Veremos cómo ha desempeñado un papel fundamental en el arte de gobernar, expandiendo el poder de su dinastía aprovechando las lecciones aprendidas de su padre, Kim Jong Il. En el momento de escribir este libro, ocupa el segundo puesto en el poder, solo superado por su hermano Kim Jong Un, y el destino del linaje del monte Paektu podría estar aún en sus manos.

1 Treasury Sanctions Additional North Korean Officials and Entities in Response to the North Korean Regime’s Serious Human Rights Abuses and Censorship Activities, United States Department of the Treasury Press Center, 26 de octubre de 2017. Disponible en: <https://home.treasury.gov/news/press-releases/sm0191>.

2 Anna Fifield, «The “Ivanka Trump of North Korea” Captivates People in the South at the Olympics», The Washington Post, 10 de febrero de 2018. Disponible en: https://www.washingtonpost.com/world/the-ivanka-trump-of-north-korea-captivates-people-in-the-south/2018/02/10/d56119fc-0e65-11e8-baf5-e629fc1cd21e_story.html.

CAPÍTULO 2

EL LINAJE DEL MONTE PAEKTU

Desde su fundación en 1948, la República Popular Democrática de Corea (RPDC) no ha sido ni una democracia ni una república. Más bien, ha existido como un reino hereditario totalitario camuflado bajo las apariencias de la democracia, con una constitución que supuestamente protege todos los derechos básicos y un Gobierno que, desde mediados de la década de 1950, ha respondido con determinación incluso a la más mínima disidencia con el destierro o la muerte. Transmitir el poder de padres a hijos es una herejía en el comunismo, pero la autodenominada RPDC comunista lo ha hecho dos veces: primero, tras la muerte de Kim Il Sung en 1994, y nuevamente tras la muerte de Kim Jong Il en 2011. Este gobierno hereditario está legitimado por la supuesta grandeza del linaje del monte Paektu.

El primero del linaje del monte Paektu fue, por supuesto, el fundador de la RPDC, Kim Il Sung. Un guerrillero antijaponés de poca monta desde principios de la década de 1930, que supuestamente operaba desde campamentos en las faldas del monte Paektu, las hazañas heroicas de Kim Il Sung contra los amos coloniales japoneses de Corea fueron hiperinfladas por sus propagandistas, que lo declararon el mayor patriota y héroe de guerra sin excepción. Esta narrativa ficticia ha formado durante mucho tiempo la base ideológica de su derecho y el de su progenie a gobernar. Al igual que el derecho divino de los monarcas medievales, esto se deriva de la gracia de Dios. En Corea del Norte, donde no se permite la libertad religiosa ni la deidad, Dios es Kim